

-LA CARCAJADA MACABRA FINAL-

Hubo una vez un par de hermanas de modos irreconocibles entre las estatuas del hambre. Mariana tenía diez años y Mercidalia contaba con ocho. Ambas vivían en una casa de la sección del Infonavit para aceptar la culpa al lado de su mamá y de otro hermano recién nacido. El padre de los tres era un agente de ventas que, por motivos de contrato, tenía que ausentarse de casa durante períodos prolongados.

Cierto día, Mariana y Mercidalia pastoreaban las bolsas de basura que moja con inapetente mordedura la orilla de la laguna de los lagartos, cuando se toparon con una niña gitana que golpeaba un pandero. El circo se presenta bajo los reflectores de una tormenta y un afiche suelta la voz comedida de trueno en el muro creciendo y raspando. Nos frotamos las manos y reímos. A propósito de la basura de la comunidad, la niña tamborileaba el instrumento y un manojito de muñecos de fósforos se levantaban del suelo y danzaban idénticos. Mariana y Mercidalia nunca habían visto algo semejante en su vida, entonces supusieron que ese pandero era mágico.

La gitanita vio sus caras pálidas y rió, diciéndoles:

-Claro que podría regalárselos....pero con una condición.

La oferta arquea las cejas, en tanto los fósforos titubean y caen nuevamente.

-Me pregunto ¿qué tan malas podrían ser?...vuelvan mañana y díganme si cometieron una mala acción y entonces ya veremos...

Dicho y hecho: Tan pronto como las niñas penetraron el cerrojo de la puerta, empezaron a gritar, cosa que iba contra todas las reglas de casa, y a rayar las paredes con crayones. Durante la cena, escupieron la comida y cuando llegó la hora de dormir, jugaron

una guerrita de almohadazos. Ambas tenían la seguridad de que todo esto habría malhumorado a mamá siquiera un poco.

Muy temprano, al otro día, juntas corrieron a buscar a la gitanita y contarle cuán pésima conducta habían mostrado el día anterior.

-¡Dáenos el pandero!

-Todavía no -rió la pequeña gitana -...tienen que comportarse mucho peor que eso.

No satisfacen el precio de su música.

La mano abierta cubre el área del pandero y reanima la empresa de los fósforos.

Frustradas, las niñas regresaron para arrancar todas las flores de las macetas, arrancarse pedazos de ropa una a la otra y arrastrar por el rabo al gato.

-¡Esto ha llegado a un colmo! -reprendió la mamá -¡Si no ponen un fin a tanta desobediencia, van a ver si no tomo a su hermano menor y me voy lejos!

Esta sentencia asustó a Mariana y Mercidalia mucho y empezaron a llorar.

-Ya nos vamos a portar bien. Te lo prometemos...

Dialogando los cabellos largos en cama, ambas hacían una breve recapitulación de los hechos que dejaron marca y de los que no.

-Se me hace que nada más nos quiso asustar, pero ni falta que hace que sea cierto que se fuera o que sobreviva, pues yo creo que mañana habremos ganado el pandero... - comenta Mariana.

-Pero ¿y si no nos lo dan?

Cuando hallaron a la gitana bajo la carpa de la mañana siguiente, ella tocaba su cimbal peculiar y los muñecos bailaban. Entonces confesaron que tan malas y crueles habían sido.

-Supongo que cuánto hicimos ya es lo suficientemente cruel como para merecer el pandero...

-No tan de prisa. A veces nos toma más cuenta de los dedos que tiempo para hallar la respuesta a una adivinanza...¡Sólo digo que les queda una oportunidad!

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?...Nosotros ya prometimos a nuestra mamá que nos volveríamos a portar bien...

-Bueno, si mucho desean mi pandero tendrán que portarse peor...

-Esta bien, ya es mediodía y se trata de un solo día más -comentó Mariana a Mercidalia. -y una única travesura no podría hacer saber a mamá si fuiste tú o yo la que faltó...¿no?

-Espero que tengas razón...

Decididas a algo aborrecible, singular, éstas ponen a disposición de su hermano menor un juego de hojas de afeitar en la cuna.

La Mamá llega por detrás y grita.

-¡Están locas!

-¡Perdón..ya no vamos romper nuestra promesa!... -chilla una de ellas.

-¡Perdonanos! -grita la otra.

-¡Nosotros nos vamos de aquí! -dice y retira las navajas llorosamente cortés.

Inmediatamente Mariana y Mercidalia salieron con la cuarta dinastía de sus chanclas en pos de la gitanita e intentaron romper el trato. La niña se encontraba desbaratando una pequeña pira de cerillos en su bostezo.

-Nos comportamos horrible, más horrible de lo que pudieramos imaginar y estamos arrepentidas...

-Ya no queremos el tambor ni nada...

-Ni se los iba a dar. Era solo un juego que se me ocurrió en un jardín chino...¿Qué no se habían dado cuenta?

Mariana y Mercidalia empezaron a llorar. Regresaron a casa para renovar la amorosa tregua con mamá, pero la casa estaba vacía.

-Habrá ido a la tienda -comentó Mariana.

-Creo que ahora sí nos pasamos de la raya...

Por primera vez ante las cantidades rosadas de ventanas, Mercidalia y Mariana se sintieron solas y aterradas. El reloj detuvo la orquesta de sus doce campanadas y no había pista de que regresara su mamá. Resignada al participio pasivo de una posible pesadilla, Mercidalia se dirigió a su cama, pero Mariana lo tomó menos a pecho y empezó un silbidillo burlón.

-Lero, lero...lero, lero...

-¡Hermana! -gemía Mercidalia -¡deja de burlarte, qué es toda tu culpa!

Mariana tronó la boca y cerró tras de sí la puerta.

Mercidalia se dejó dormir.

Ella abrió los ojos al día siguiente y la tonadilla burlona de Mariana continuaba desde su cama. Todavía somnolienta, se reincorporó y dijo:

-¡Deberías de dejar de burlarte y decirme si regreso mamá!...

La hermana no contestaba, pero la tonadilla continuaba. Mercidalia saltó enojada de su cama y jaló de las cobijas de Mariana. Gritó. La cabeza de Mariana había desaparecido. Alguien la había decapitado con saña.

Mercidalia se dijo a sí misma:

-Cuando abra los ojos, todo volverá a estar bien...